

COLIN FALCONER

Estigmas

algaida
INTEI

Título original: *Stigmata*

Primera edición: 2013

© Colin Falconer, 2012

© de la traducción: Lorenzo Luengo, 2013

© Algaida Editores, 2013

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

Composición: Grupo Anaya

ISBN: 978-84-9877-945-5

Depósito legal: SE-1.275-2013

Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

Prólogo	13
PRIMERA PARTE	19
Capítulo I	21
Capítulo II	25
Capítulo III	27
Capítulo IV	35
Capítulo V	43
Capítulo VI	50
Capítulo VII	56
Capítulo VIII	62
Capítulo IX	68
Capítulo X	75
Capítulo XI	86
Capítulo XII	89
Capítulo XIII	93
Capítulo XIV	98
Capítulo XV	101
Capítulo XVI	106
SEGUNDA PARTE	111
Capítulo XVII	113
Capítulo XVIII	121
Capítulo XIX	127
Capítulo XX	129
Capítulo XXI	132

Capítulo XXII.....	137
Capítulo XXIII	144
Capítulo XXIV.....	148
Capítulo XXV	153
Capítulo XXVI.....	158
Capítulo XXVII.....	162
Capítulo XXVIII.....	169
Capítulo XXIX	173
Capítulo XXX.....	177
Capítulo XXXI	181
Capítulo XXXII.....	186
Capítulo XXXIII	191
Capítulo XXXIV.....	197
Capítulo XXXV	202
Capítulo XXXVI.....	204
Capítulo XXXVII	212
Capítulo XXXVIII.....	216
Capítulo XXXIX	219
Capítulo XL	222
Capítulo XLI.....	228
Capítulo XLII	233
Capítulo XLIII.....	238
Capítulo XLIV	246
Capítulo XLV.....	251
Capítulo XLVI.....	255
Capítulo XLVII.....	259
Capítulo XLVIII.....	265
Capítulo XLIX.....	274
Capítulo L	279
Capítulo LI.....	283
Capítulo LII	287
Capítulo LIII.....	291
Capítulo LIV	296
Capítulo LV	299
Capítulo LVI	305
Capítulo LVII.....	313

Capítulo LVIII.....	317
Capítulo LIX.....	327
Capítulo LX.....	336
Capítulo LXI.....	344
Capítulo LXII.....	351
Capítulo LXIII.....	354
Capítulo LXIV.....	360
Capítulo LXV.....	363
Capítulo LXVI.....	369
Capítulo LXVII.....	374
Capítulo LXVIII.....	376
Capítulo LXIX.....	381
Capítulo LXX.....	385
Capítulo LXXI.....	392
Capítulo LXXII.....	396
Capítulo LXXIII.....	403
Capítulo LXXIV.....	408
Capítulo LXXV.....	411
Capítulo LXXVI.....	414
Capítulo LXXVII.....	417
Capítulo LXXVIII.....	420
Capítulo LXXIX.....	429
Capítulo LXXX.....	434
Capítulo LXXXI.....	442
Capítulo LXXXII.....	450
Capítulo LXXXIII.....	454
Capítulo LXXXIV.....	459
Capítulo LXXXV.....	463
Capítulo LXXXVI.....	468
Capítulo LXXXVII.....	472
Capítulo LXXXVIII.....	476
Capítulo LXXXIX.....	480
Capítulo XC.....	484
Capítulo XCI.....	487
Capítulo XCII.....	493
Capítulo XCIII.....	497

Capítulo XCIV.....	503
Capítulo XCV.....	509
Capítulo XCVI.....	517
Capítulo XCVII.....	522
Capítulo XCVIII.....	527
Capítulo XCIX.....	532
Capítulo C.....	536
Capítulo CI.....	544
Capítulo CII.....	548
Capítulo CIII.....	551
Capítulo CIV.....	555
Capítulo CV.....	560
Capítulo CVI.....	565
Capítulo CVII.....	571
Capítulo CVIII.....	578
Capítulo CIX.....	584
Capítulo CX.....	588
Capítulo CXI.....	593
Estigmas.....	595

*Este libro es para Norman y Janet,
que nunca han dejado de brindar
una cama y un whisky a su díscolo
hermano tras cada uno de sus
bandazos.*

Gracias

PRÓLOGO

*Cinco leguas al oeste de Acre,
en el año de Nuestro Señor de 1205*

«**E**SPERANZA». «Ningún hombre puede vivir sin esperanza», pensó Philip. «Es lo único que despoja a la muerte de sus atractivos. Mi mujer es ahora mi única esperanza: Dios y el honor me han burlado».

Se echaron al mar en domingo, el día del Señor. Aquella sería la última vez que vería el Acre y la Tierra Santa, donde Jesús había caminado, y tuvo que apartar la mirada. Atrás dejaba a su mejor amigo, en las profundidades de una tumba horadada en una colina, al pie de los muros del castillo; los otros vasallos que habían viajado con él ni siquiera tuvieron un entierro cristiano, sino el brindado por los buitres y las hienas del desierto.

La niebla se confundía con el agua, que era tan llana y mansa como una balsa de aceite.

Aún podía recordar su rostro. «Alezaïs, mi amor, vida mía».

Uno de los marineros se le quedó mirando.

—¿Qué habéis dicho?

Philip le dedicó una mirada colérica:

—¿Hablas conmigo?

El hombre hizo una reverencia:

—Perdón, *seigneur*. Me pilló de sorpresa. Pronunciasteis el nombre de una mujer.

—Sí, mi esposa —dijo—. Por un momento imaginé que estaba aquí...

Era una insolencia, sin duda, que un vulgar marinero se atreviese siquiera a dirigirse a un hombre de su rango. Pero Philip tenía ganas de hablar, de contarle a aquel tipo lo que tenía en la mente, lo cual se le antojaba infinitamente mejor que ir de un lado a otro por la cubierta, murmurando para su sayo.

—Mi tío se encargó de los esponsales. Yo era su protegido. Mi padre murió en una justa cuando yo contaba apenas diez años de edad. Al cumplir los dieciocho me entregó unas tierras, una mansión fortificada y una esposa. La joven no tenía más de quince años, y siempre iba cubierta con un velo. Mis primos me dijeron que tenía una verruga en la nariz tan grande como una nuez, así que, cuando se retiró el velo que cubría su rostro, apenas pude creer la dulzura de sus facciones, aquella hermosa mirada que se entrelazaba amorosamente a la mía. Siempre he estado locamente enamorado de ella. Hay quien piensa que no es propio en un hombre, pero lo cierto es que ella es la única mujer que he conocido.

—Mi señor, yo no creo que sea impropio de un hombre, al contrario, creo que alguien como vos es muy afortunado. No hay tantos hombres que jurarían amar a sus esposas. Es muy poco frecuente que los hados se confabulen de ese modo.

—Te juro que si la vieses me despreciarías por haberla abandonado y venir a este yermo.

El hombre se persignó y dio media vuelta al escuchar aquella blasfemia.

Varios monjes que se apiñaban en cubierta bajo el gallardete de la santa cruz comenzaron a entonar un himno. Creían que era a través de la piedad y la oración como lograrían liberar la Tierra Santa de los mahometanos. Philip también había creído en ello, tiempo atrás, pero ya no creía en milagros.

Se apoyó en el pasamanos de madera, y cuando cerró los ojos éste se había convertido en el pretil de piedra de su castillo de Troyes. Las mujeres habían descendido al río para hacer la colada, y las sábanas se ofrecían al sol, extendidas sobre las rocas, para que la brisa las orease. La puerta del castillo estaba abierta de par en par y albañiles y canteros se afanaban en reparar las ménsulas rotas y el mortero, que ya empezaba a desmenuzarse. A sus pies, el patio rebosaba de criados y caballos, y los mozos de cuabras se entretenían en baldear los establos, que parecían desaguarse en ríos de un barro negruzco que enlodaba el patio con su paja encostrada. Las gallinas cloqueaban de un lado a otro correteando por los adoquines y el aire olía a caballos, a primavera y a estiércol mojado.

Ya no quedaba mucho. Estaba solo un poco más allá de aquel límpido horizonte y la brisa soplaba a su espalda. Pronto regresaría a los brazos de su esposa, a su tierra, donde podría descansar y restablecer las heridas que historiaban su alma.

La niebla se dispersó, y sintió como si acabaran de prender una hoguera sobre su cabeza. Buscó una sombra en cubierta, bajo una estrecha vela. Su rostro había adquirido el color del bronce tras los doce meses pasados en Outremer, pero había parches de un color rosa pálido allí donde la carne se había despellejado por efecto del sol. Echaba de menos la lluvia y las mañanas en que el mundo amanecía perlado por la bisutería inconsútil del rocío.

Cerró los ojos, y en sus ensueños se topó con un joven criado que dormía contra un murete, junto a la chimenea,

mientras un pinche avanzaba a trompicones pugnando por mantener en equilibrio un barril lleno hasta la mitad del agua que había sacado de un pozo. Apartó al pinche, sumergió la cabeza en el barril y bebió ávidamente, y luego aspiró el olor de la mañana que poblaba el castillo: cera fundida, sudor, comida fría y cerveza añeja.

Ardía el fuego en la chimenea. Asomó tras una columna de piedra para observar a su esposa mientras ésta cenaba sin que ella pudiera verlo a él. Estaba acompañada por sus damas y su capellán, y los pajes iban y venían acarreando cuencos de agua para que se limpiara la grasa de los dedos. A una señal suya, los trovadores que la entretenían se acercaron a la mesa y dieron cuenta de las sobras de la cena, hecho lo cual cantaron una tonadilla en acción de gracias; enseguida fueron retirados los caballetes que sostenían la mesa.

Se retiró entonces a reposar junto a la ventana, y sus damas se arremolinaron en torno a ella, sentadas en banquetas de madera o en afelpados cojines distribuidos por el suelo. Philip alcanzó a ver la arruga que se formaba entre las cejas de su esposa, mientras ésta observaba el escenario que se dibujaba tras la ventana: los grises tejados de la mansión y aquel revuelto río que hacía culebrear sus aguas pendiente abajo. Vestía un ceñido camisón azul marino, idéntico al color de sus ojos. Sus damas la persuadieron a que participase en el juego de dados que estaban disputando, y ella reía como una niña cada vez que ganaba.

Allá en Outremer, Philip no había dejado de atormentarse con aquel insidioso pensamiento: «Me pregunto si tendrá un amante, algún trovador, algún envidioso duque. ¿Habrá pensado en mí tan a menudo como yo he pensado en ella?».



Tan pronto dejaron atrás la línea costera, se hizo la calma. Durante cuatro días no habían dejado de sufrir los rigores del sol hasta la noche y del frío glacial en la madrugada. Aquella debía de ser otra de las bromas del Señor. Ahora, Philip se preguntaba si alguna vez llegaría a casa.

El barco oscilaba en calma chicha mientras quinientos hombres sudaban, maldecían y gemían entre dientes. El hedor de los animales y los soldados en aquel aire estancado resultaba asfixiante. Los marineros silbaban para atraer al viento: era un sonido áspero, lastimero, que a Philip, estaba seguro de ello, le volvería loco tarde o temprano. Tendido en la cubierta como un miserable, no dejaba de pensar en su esposa y en lo que le diría cuando por fin la viera de nuevo.

Sólo había pasado un año, pero parecían cien. Se había visto poco menos que obligado a mostrar su devoción y fidelidad a Dios, dedicándole los frutos de su servicio. Pero ahora era un hombre muy distinto al de entonces; ingenuamente, había pensado que acudía a aquel confín de la tierra para luchar por la liberación de Jerusalén. Sin embargo, en poco tiempo se había visto inmerso en una interminable disputa entre barones y templarios por quién gobernaba qué, y sus combates se habían limitado a unas cuantas escaramuzas en el desierto que no habían servido para otra cosa que llevar a la muerte a un puñado de hombres fieles, honrados y buenos.

Podía sentir el sabor de la sal en sus agrietados labios. Cada vez que intentaba humedecerlos con la lengua se le agrietaban un poco más, y la sangre comenzaba a manar por cada herida. Era peor que estar en el desierto. El sol era insoportable. Había algo de sombra bajo las velas, pero no se atrevía a tenderse allá por temor al calor, el hedor y las ratas.

«Espérame, vida mía. Ya llevo a casa».

PRIMERA PARTE

I

Toulouse, 1205

DIOS SEÑALÓ A FABRICIA BÉRENGER CON SU DEDO DE fuego allá en Toulouse, en medio de una terrible tormenta. Bastó la atronadora caricia de aquel dedo para derribarla.

El día había estado muy tranquilo, lo que resultaba ciertamente impropio para la estación del año en la que se encontraban. La tormenta se levantó de repente: del norte llegaron unas nubes negras como la tinta, justo en el instante en que las campanas de Saint-Étienne tocaban a vísperas. Una ráfaga de viento helado la golpeó como una bofetada mientras corría por la plaza del mercado, y el golpe fue tan violento e inesperado que casi la hizo caer de bruces.

La lluvia cayó sobre los adoquines como una descarga de clavos de cobre, y en cuestión de segundos se le había empapado la falda. No había tenido tiempo siquiera de prepararse para recibir aquella sacudida que surgió de los cielos. Hubo un momento en el que la luz lo anegó todo, cegándola, y nada más.

Alguien dijo después que aquel rayo había sonado de tal modo que fue como si el cielo se hubiera partido en dos mita-

des. Pero Fabricia no lo oyó; para entonces, ya estaba tendida en el suelo, aturdida e inconsciente.

Incluso su padre, que se hallaba en el otro extremo de la plaza, cayó de rodillas por la fuerza del rayo, mientras los adoquines temblaban bajo sus pies. También se dijo que aquel día los perros de Toulouse se volvieron completamente locos.

Anselm Bérenger aguardó a que Dios o el mismísimo Diablo se aparecieran en el cielo. Pero nada sucedió. Tras unos instantes, cuando recobró la cordura, alargó un brazo para apoyarse en una columna de piedra y, ayudándose de ella, se puso en pie. Fue entonces cuando vio a su única hija tendida en la plaza inundada, convencido de que tenía que estar muerta.

Dejó escapar un gemido lastimero, corrió sobre los adoquines y la volvió sobre la espalda, gritando su nombre. Estaba pálida como la cera. Tenía los ojos entreabiertos y vueltos hacia dentro, lo que le confería un aspecto demoníaco. La cogió en brazos y corrió por las calles como un poseso, maldiciendo el nombre de Dios, pues no cabía duda de que era Él quien la había matado. El cielo se estremecía entre fogonazos, y el sonido del trueno acudió a ahogar tanto su angustia como sus blasfemias.



Cuando Fabricia abrió los ojos había tres personas en la habitación, y sólo una de ellas sonreía. Su madre y su padre se abalanzaron sobre ella: el rostro de Anselm se retorcía en un rictus de terror.

—¡Está viva! —sollozó.

—Te dije que se pondría bien —replicó su madre.

—¡Estaba muerta, Elionor! Es un milagro. ¡Dios nos la ha devuelto! Me ha devuelto a mi pequeña.

Fabricia temblaba de frío.

—Trae otra manta —oyó decir a su madre—. Está helada. ¿Cuánto tiempo la dejaste tirada bajo la lluvia, viejo zopenco?

Fabricia se puso de lado, envolviéndose con los brazos y ovillándose hasta dar con las rodillas en el pecho. Tenía la piel tan fría como el mármol. Estaba desnuda. ¿Qué había sucedido? Intentó recordar. Pero más que por ella y por lo que la había llevado a esa situación, estaba sorprendida por la presencia de una mujer que observaba la escena desde una esquina. Llevaba un largo vestido azul con una capucha, y el titilar de las velas otorgaba a su piel una luminosidad sobrehumana. Sabía que la había visto antes, en alguna parte.

—*Mon petit chou*. ¿Estás bien? Di algo.

—¿Quién es ésa? —preguntó Fabricia.

—Puede hablar —exclamó Anselm—. ¡Gracias a Dios!

Elionor se limpió las lágrimas de la cara. Subió a la cama y abrazó a su hija contra sus pechos. Fabricia sintió su tibio aliento en el cuello.

—¿Quién eres? —preguntó Fabricia al vacío que había en la esquina de la habitación.

Anselm miró a su alrededor. Por segunda vez aquel día tuvo mucho, mucho miedo.

—¿Fabricia? —dijo—. ¿Con quién estás hablando?

—¿Qué ha ocurrido, papá?

—¿No te acuerdas? Un rayo te golpeó cuando cruzabas la plaza en Saint-Étienne.

—Nunca debí dejarla marchar —sollozó Elionor—. Tenía que haberte traído yo la cena.

—No recuerdo nada —murmuró Fabricia.

—¡Pensé que te habíamos perdido!

—Has sido elegida —le dijo la mujer de azul.

—¿Pero elegida para qué?

Su madre se incorporó y la sacudió ligeramente de los hombros.

—¿Fabricia? ¿Con quién estás hablando?

—No hay nadie —exclamó Anselm. Le tomó el rostro con ambas manos, obligándola a que le mirase—. ¿Fabricia? ¿Qué pasa? ¿Quién está aquí, con quién hablas? —Miraba alocadamente de un lado a otro—. Algo le ha ocurrido —le dijo a su esposa—. Ha perdido el juicio.

Elionor volvió a colocar la cabeza de su hija sobre la almohada y la cubrió hasta la barbilla con pieles de oso. Le pasó una mano por el cabello y la besó en la frente.

—Descansa, pequeña —le susurró. Luego propinó un pescozón a su marido—. ¡No ha perdido el juicio! ¿De qué estás hablando? Lo único que necesita es descansar. ¿Es que no lo ves?

El fuego estaba encendido en la chimenea y Fabricia los observó dirigirse allí para sentarse, acurrucados, sobre dos banquetas de madera. Anselm se quitó su empapado blusón y lo colgó para secarlo, humeante, frente a las llamas. Elionor y él hablaban en susurros, pero no consiguió escuchar lo que decían.

La mujer de azul se había desvanecido.

—Ya sé quién eres —dijo Fabricia en voz alta. El recuerdo le hizo preguntarse si de veras seguía viva. Colocó una mano entre sus pechos y sintió el latido de su corazón; de algún modo parecía diferente: de vez en cuando daba un pequeño pálpito, como un bebé en el útero de una mujer.

Quiso convencerse de que la mujer no era real. Su visión había sido sólo producto del susto de haber visto la muerte tan de cerca, sólo eso, un producto de la fiebre cerebral. Ahora dormiría y por la mañana ya no se acordaría de nada.